

La Polemica

Semanario defensor de los intereses morales y materiales de la Comarca Tortosina

Año III

Precio de suscripción
Al mes 0.50 ptas.

TORTOSA 1.º ABRIL 1915

Redacción y Administración
REPLA, 5.—Imprenta.

Núm. 91

Semana de los grandes y augustos misterios de nuestra sacrosanta religión

La pasión de Nuestro Señor Jesucristo segun el evangelio de San Juan

EN aquel tiempo marchó Jesús con sus discípulos á la otra parte del torrente Cedrón, en donde había un huerto, en el cual entró él con sus discípulos. Judas, que le entregaba, conocía bien el sitio, porque Jesús solía retirarse muchas veces á él con sus discípulos. Judas, pues, habiendo tomado una cohorte de soldados y ministros, que le dieron los pontifices y fariseos, fué allá con lanternas, y hachas, y armas. Y Jesús que sabía todas las cosas que le habían de sobrevenir, salió á su encuentro, y le dijo: ¿A quién buscáis? Respondieronle: A Jesús Nazareno. Díceles Jesús: Yo soy. Estaba también entre ellos Judas, el que le entregaba. Apenas, pues, les dijo: Yo soy, retrocedieron, y cayeron en tierra. Les preguntó Jesús segunda vez: ¿A quién buscáis? Y ellos respondieron: A Jesús Nazareno. Respondió Jesús: Ya os he dicho que yo soy; si, pues, me buscáis á mi, dejad ir á estos. Para que se cumpliese la palabra que había dicho: Ninguno he perdido de los que tú me diste. Entre tanto Simón Pedro, que tenía una espada, la desenvainó, y dando un golpe á un criado del pontifice, le cortó la oreja derecha. Este criado se llamaba Malco. Pero Jesús dijo á Pedro: Mete tu espada en la vaina. ¿No he de beber el cáliz que me ha dado mi Padre? Entonces los soldados, el tribuno y los ministros de los judíos, prendieron á Jesús, y le ataron, y le condujeron primeramente á casa de Anás, suegro de Caifás, que era el pontifice de aquel año. Caifás era el que había dado á los judíos este consejo: Conviene que un solo hombre muera por el pueblo. Iba siguiendo á Jesús, Simón Pedro, y otro discípulo, el cual era conocido del Pontifice, y así entró con Jesús en el atrio del pontifice, quedándose Pedro fuera en la puerta. Salió, pues, el otro discípulo conocido del pontifice y habló á la portera, y franqueó á Pedro la entrada. Entonces la criada portera dice á

Pedro: ¿No eres tú también de los discípulos de este hombre? El le respondió: No lo soy. Los criados y ministros estaban á la lumbre, porque hacía frío y se calentaban. Pedro asimismo estaba con ellos calentándose. Entretanto el pontifice se puso á interrogar á Jesús sobre sus discípulos y doctrina. A lo que respondió Jesús: Yo he predicado públicamente delante de todo el mundo: siempre he enseñado en la sinagoga y en el templo, adonde concurren todos los judíos, y nada he hablado en secreto: ¿qué me preguntas á mí? Preguntá á los que han oído lo que les he enseñado, pues esos saben qué es lo que he dicho. A esta respuesta, uno de los ministros asistentes dió una bofetada á Jesús, diciendo: ¿Así respondes al pontifice? Dijole Jesús: Si he hablado mal, manifiesta lo malo que he dicho: pero si bien, ¿por qué me hieres? Habiale enviado Anás atado al pontifice Caifás. Y estaba allí en pie Simón Pedro calentándose: dijéronle, pues: ¿No eres tú también de sus discípulos? El lo negó, diciendo: No lo soy. Dícele uno de los criados del pontifice, pariente de aquel cuya oreja había cortado Pedro: Pues qué, ¿no te ví yo en el huerto con él? Negó Pedro otra vez; y al punto cantó el gallo. Llevaron después á Jesús desde casa de Caifás al pretorio. Era muy de mañana, y ellos no entraron en el pretorio, por no contaminarse, á fin de poder comer la Pascua. Por eso Pilato salió á fuera, y les dijo: ¿Qué acusación traéis contra ese hombre? Respondieron ellos: Si éste no fuera malhechor, no le hubiéramos puesto en tus manos. Respondió Pilato: Pues tomadle vosotros y juzgadle segun vuestra ley. Los judíos le dijeron: A nosotros no nos es permitido matar á nadie. Con lo que vino á cumplirse lo que Jesús dijo, indicando el género de muerte de que había de morir. Pilato entró de nuevo en el pretorio, y llamó á Jesús, y le preguntó: ¿Eres tú el

Rey de los judíos? Respondió Jesús: ¿Dices tú eso de tí mismo, ó te lo han dicho de mí otros? Respondió Pilato: Ninguna. Tu nación y los pontifices te han entregado á mí: ¿qué has hecho? Respondió Jesús: Mi reino no es de este mundo: si de este mundo fuera mi reino, mis gentes me habrían defendido sin duda para que no cayese en manos de los judíos: más mi reino no es de acá. Dijole, pues, Pilato: ¿Conque tú eres Rey? Respondió Jesús: Así es como dices: yo soy Rey. Yo para esto nací, y para esto vine al mundo, para dar testimonio de la verdad: todo aquel que pertenece á la verdad, escucha mi voz. Dícele Pilato: ¿Qué es la verdad? Y dicho esto, salió segunda vez á los judíos, y les dijo: Yo ningún delito hallé en este hombre; más ¿a qué tenéis la costumbre de que os suelte un reo por la Pascua, ¿queréis que os ponga en libertad al Rey de los judíos? Entonces todos ellos volvieron á gritar: No á ese, sino á Barrabás. Es de saber que este Barrabás era un ladrón. Tomó entonces Pilato á Jesús, y mandó azotarle. Y los soldados formaron una corona de espinas entretejidas, y se la pusieron sobre la cabeza: y le vistieron una ropa de púrpura. Y se llegaban á él, y decían: Salve, Rey de los judíos. Y dándole de bofetadas. Salió Pilato de nuevo á fuera, y les dijo: Os le voy á sacar á fuera, para que reconozcais que yo no hallé en él delito ninguno. Salió, pues, Jesús, llevando la corona de espinas y el manto de púrpura. Y les dijo Pilato: Ved aquí al hombre. Luego que los pontifices y los ministros le vieron, alzaron el grito, diciendo: Crucifícale, crucifícale. Díceles Pilato: Tomadle allá vosotros, y crucifícale: que yo no hallo en él crimen. Respondieronle los judíos: Nosotros tenemos una ley, y segun esta ley debe morir, porque se ha hecho Hijo de Dios. Cuando Pilato oyó esta acusación, se llenó más de temor. Y volviendo á entrar en el pre-

torio, dijo á Jesús: ¿De donde eres tú? Mas Jesús no le respondió palabra. Por lo que Pilato le dice: ¿A mi no me hablas? Pues ¿no sabes que está en mi mano el crucificar-te, y en mi mano está el soltarte? Respondió Jesús: No tendrías poder alguno sobre mí, si no te fuera dado de arriba. Por tanto, quien á tí me ha entregado, es reo de pecado más grave. Desde aquel punto Pilato buscaba cómo libertarle. Pero los judíos daban voces diciendo: Si sueltas á ese no eres amigo de César; pues cualquiera que se hace rey, se declara contra César. Pilato, oyendo estas palabras, sacó á Jesús á fuera: y sentóse en su tribunal en el lugar dicho Lithóstrotos, y en hebréo Gábbatha. Era el día de la preparación de la Pascua, cerca de la hora sexta, y dijo á los judíos: Aquí teneis á vuestro Rey. Ellos, empero, gritaban: ¡Quita, quitale de enmedio: crucifícale! Dícele Pilato: ¿A vuestro Rey se ha de crucificar? Respondieron los pontífices: No tenemos rey, sino á César. Entonces se le entregó para que le crucificasen. Apoderáronse, pues, de Jesús, y le sacaron fuera. Y llevando él mismo á cuevas su cruz, fué al sitio llamado el Calvario, y en hebreo Gólgota, en donde le crucificaron, y con él á otros dos, uno á cada lado, quedando Je-

sús en medio. Escribió asimismo Pilato un letrero, y lo puso sobre la cruz. En él estaba escrito: *Jesús Nazareno, Rey de los judíos*. Este letrero leyeron muchos de los judíos, porque el lugar en que fué Jesús crucificado estaba contiguo á la ciudad, y el letrero estaba en hebreo, en griego y en latín. Decían, pues, á Pilato lo pontífices de los judíos: No escribas Rey de los judíos; sino que él ha dicho: Soy el Rey de los judíos. Respondió Pilato: Lo escrito, escrito. Entre tanto los soldados, habiendo crucificado á Jesús, tomaron sus vestidos, de que hicieron cuatro partes, una para cada soldado. Tomaron también la túnica, la cual era sin costura, y de un solo tejido de arriba á bajo; por lo que dijeron entre sí: No la dividamos, mas echemos suertes para ver de quién será. Con lo que se cumplió la Escritura, que dice: Partieron entre sí mis vestidos, y sortearon mi túnica. Y esto es lo que hicieron los soldados. Estaban junto á la cruz de Jesús su madre, y la hermana de su madre, María mujer de Cleofás y María Magdalena. Habiendo visto, pues, Jesús á su madre, y al discípulo que él amaba, el cual estaba allí, dice á su madre: Mujer, ahí tienes á tu hijo. Después dice al discípulo: Ahí tienes á tu madre. Y desde aquel

punto la tomó el discípulo consigo. Después de esto, sabiendo Jesús que todas las cosas estaban cumplidas, para que se cumpliera la Escritura, dijo: Tengo sed. Había allí un vaso lleno de vinagre. Los soldados, pues, empapando en vinagre una esponja, y envolviéndola á una caña de hisopo, aplicáronla á la boca. Jesús, luego que gustó el vinagre, dijo: Todo está cumplido. E inclinando la cabeza entregó su espíritu. Como era el día de Paraceve ó Reparación, para que los cuerpos no quedaran en la cruz el sábado (pues era aquel un sábado solemne), suplicaron los judíos á Pilato que se les quebrasen las piernas á los crucificados, y los quitasen de allí. Vinieron, pues, los soldados, y rompieron las piernas del primero y del otro que había sido sacrificado con él. Mas al llegar á Jesús, como le vieron ya muerto, no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados con la lanza le abrió el costado, y al instante salió sangre y agua. Y quien lo vió es el que lo asegura; y su testimonio es verdadero. Y él sabe que dice la verdad, para que vosotros también creais. Pues estas cosas suceden en cumplimiento de la Escritura: No quebraréis ni un hueso. Y en otro lugar la Escritura dice: Dirigirán sus ojos hacia aquel á quien traspasaron.

En la plaza de Jerusalén

Fué espectáculo por todo extremo raro y extraordinario, el que se dió, hace diecinueve siglos, la mañana del Viernes Santo en la plaza de Jerusalén.

Allí se discutió, por vez primera en público *meeting*, como se diría hoy, la soberanía social de Cristo, y sujeto el tema á votación popular, fué por aclamación rechazada.

El caso es curiosísimo, y se presenta á toda suerte de instructivos y hoy más que nunca oportunos comentarios.

Poncio Pilatos, ponente más que juez de la causa que allí se debatía, no se anduvo en escrúpulos ni rodeos para formular la proposición, tal como en rigor debía formularse. Aunque pagano, tenía el buen sentido de la razón natural menos oscurecido que las pasiones, que el pueblo judío, víctima de la obsesión de sus rabiosos magistrados y sacerdotes.

Se le presenta por éstos en nombre del pueblo la causa de Jesús, reo, según ellos, por haber querido hacerse su rey, y pídenle sea crucificado.

Pilatos da por verdadera la acusación, y de esta manera interpe-la á la multitud:

«¿A vuestro Rey he de crucificar?»

A lo que responde, bramando, la voz de aquel infernal plebiscito:

«No tenemos otro rey que el César.»

Y dicho y hecho. Queda desde aquel punto fallado y resuelto, que para aquel pueblo, antes esencialmente teocrático, no ha de haber en adelante más soberanía que la del pagano emperador.

Cambiad las fechas y el nombre de los actores, y el drama de nuestro siglo y de nuestra patria resul-

ta el mismo.

La sociedad civil española, pecadora y todo, era sin embargo hasta los tiempos modernos cristiana. Reconocida por ley fundamental sobre todas las de Nuestro Señor, y sobre esto, aunque no siempre fuese fiel en cumplirla no admitía discusión.

No ha mucho, empero (no se han cumplido aun cien años) en-tablóse en nuestra patria un plei-to singular.

Preguntóse por vez primera á los pueblos: «¿Quién ha de ser en adelante vuestro supremo indiscu-tible legislador? ¿Cristo, Dios ó el Estado?»

Y el pueblo (pobre pueblo!) en-gañado pueblo! llamado á delibe-rar sobre esta proposición, respon-dió sencillamente á ella:

«No queremos otra soberanía que la del Estado.»

Y con ello quedó substituida en nuestra patria la organización ci-vil cristiana por la organización civil masónica ó liberal.

Desde entonces, Cristo no es Rey en nuestra tierra; es un súbdito de los poderes de ella y nada más. No pertenece á la categoría de lo inviolable, de lo irresponsable y de lo indiscutible. Se le discute cada día en el Parlamento, en el periódico, en la cátedra y en la taberna. Y como majestad discuti-da nunca se hallará más que á dos pasos de ser majestad vilipen-diada. Cristo, más aún que discu-tido, es en España vilipendiado y blasfemado, y escupido y abofe-teado.

Insultar la humana realeza es crimen que penan aquí todos los códigos; insultar la realeza divina no es siquiera falta en que haya de entender el Juzgado munici-pal.

La corona del hombre ocupa to-davía la cúspide del edificio social

con todos los respetos y tributos de una institución reconocida y acatada: la corona de Cristo rueda por los suelos á merced del populacho que guste arrastrarla ignominiosamente ó tirarla á punta-piés.

Así se falló en la plaza de Jeru-salén en aquel día memorabilísimo de Viernes Santo, en que se le dió á escoger á aquel pueblo infeliz entre la soberanía suprema de Dios y la soberanía suprema del César. Así se ha fallado por nues-tras modernas Constituciones en nuestro prolongado Viernes Santo, que dura cerca de cien años para la infeliz nación española, apósta-ta de la soberanía divina esclava vil de la infamante soberanía sec-taria.

Esta es ni más ni menos nues-tra situación de hoy, este el gran pecado social que estamos merecidamente expiando.

Como los judíos quisieron por único soberano al César, y bajo la brutal tiranía del César vieron desaparecer su nacionalidad, así vemos hoy hundirse, ó poco menos, la nuestra bajo el despotismo ma-sónico, cuya dirección suprema hemos aclamado ¡desventurados! en lugar de la de Dios.

No hubo redención política pa-ra aquel pueblo, deicida á la vez y suicida.

«¿La habrá para los deicidas y suicidas de hoy?»

EL PUEBLO DEICIDA

Grande, sí, muy grande fué el crimen del pueblo judío; pero grande y aterradora ha sido su ex-piación.

No se nos puede, empero, quitar del pensamiento estos días, que no es sólo el pueblo judío á quien de

verdad corresponde aquel infa-mante epíteto, con el cual, como con infamante marca del verdugo, ha pasado á la historia.

Nosotros, también nosotros, lo tenemos quizá merecido, pues de un modo semejante hemos pecado, y quizá de un modo análogo esta-experimentando el peso de las di-vas justicias.

España parecía, y era en reali-dad entre todos los pueblos del mundo, á semejanza de Israel, el pueblo escogido de Dios.

En ninguna otra nación se vie-ron claras como en ésta las seña-les de una elección providencial: en ninguna fué tan pródiga como en ésta la divina munificencia en todo género de dones y privilegios. Aquí se derramó por entero, aquí se agotó, por decir o así, al raudal de las celestiales misericordias, para que fuésemos pueblo grande, pueblo nobilísimo, pueblo sin igual, brazo derecho de la Iglesia, héroe de las más altas empresas, verjel de Santos, envidia del mun-do, terror del infierno.

Eso quiso que fuésemos Dios Nuestro Señor, y eso fuimos un día, y con esos blasones figura nuestro nombre en la historia.

Eso fuimos; la nación soldados de Dios, la nación su apóstol, la nación su corona más espléndida, la nación patrimonio y dote de su Madre Inmaculada, la nación pe-dazo de su cielo en la tierra.

Y ¿qué somas hoy? ¡Oh vergüen-za! Casi nación toda de ingratos, nación de apóstatas, nación deici-da.

Sin duda porque de nadie mere-cia menos Dios Nuestro Señor la traición, el perjurio, al abandono y la crucifixión; sin duda por eso, aquí se ha reproducido todo con notas más singularmente espanto-sas y desconsoladoras.

No, no se pueden mirar las pá-

ginas de España (de la oficial sobre todo), desde un siglo acá, sin que le hagan estremecer al cristiano pensador las horribles analogías de aquella, con la de la Pasión que estos días ponen ante nuestros ojos los Evangelistas.

No falta un detalle al negro cuadro, no se ha olvidado un rasgo en el tristísimo retrato.

Cristo en la persona de su fe y de su Iglesia ha pasado aquí por todos los dolores é ignominias, que han hecho célebres en el correr de los siglos las trágicas escenas de Jerusalén y del Calvario.

Reyes y poderosos en los palacios; plebe en los clubs y en las calles; legisladores en los gabinetes y parlamentos; soldados en los cuarteles y campos de batalla; magistrados en sus curias y tribunales; gente de letras en sus libros y cátedras; todas las clases han contribuido más ó menos á la infernal conspiración de las Logias para descatolizar á España, derrocando en ella el trono glorioso de Jesucristo su Rey y Señor.

Piedra á piedra, pieza á pieza, han ido derribando el pedestal de su divina soberanía: cada ley, cada decreto, cada votación ha sido un golpe de piqueta dirigido á consumir la obra demoledora.

Ha habido la conjura secreta; el pacto de venta inicuo; la parodia sacrilega de proceso; la opinión pública por disfraz de legalidad;

el bien de los pueblos por falso pretexto; la codicia y la envidia por verdaderos motivos; la traición por concesión á título de mal menor; la vil cobardía con alardes de prudencia; la deserción y abandono de los derechos de Dios, bajo excusa de ineludible necesidad.

Entre la Iglesia y las sectas no se ha hecho aquí distinción, más que para rodear á estas de toda clase de protecciones so capa de tolerancias y á aquella de toda suerte de trabas y vejaciones. ¿Qué católico no ha tenido que envidiar más de una vez en España la independencia legal del protestante y del francmasón? La de ellos será garantía de hecho por todas las influencias del Estado; la nuestra vive de hecho á merced de cualquier capricho ministerial... ó concejil.

¡A tiempos vamos llegando en que el reconocimiento oficial del Catolicismo como Religión del Estado está siendo poco menos que la corona de espinas y el cetro de caña y el manto de harapos y el Ave Rex de la impía soldadesca ante el azotado y escupido y abofeteado Hijo de Dios!

¡Qué mucho, después de eso, que haya venido á ser ludibrio de las naciones la que fué un día reina temida de todas ellas!

¡Qué mucho que, á semejanza del pueblo de Israel después del horrendo crimen del Viernes Santo, veamos desencadenarse contra nosotros todas las iras del cielo como si sobre nuestros destinos se cerniese un hado inexorable, que no es tal, sino la mano justiciera de Dios!

Castigos de misericordia hay, empero, como hay también castigos de maldición, y España quizá experimenta hoy aquellos, no éstos que á través de las edades arrastran como Caín el pueblo judío.

Son en definitiva misericordias del Señor sobre su antiguo pueblo de elección, las dolorosas horas de hoy; séanlo y hagan volver en sí á esta nación para que torne arrepentida á su Rey Cristo, de quien en mal hora apostató.

¡Sea esta la oración de todos los buenos ante los Sagrarios de su crucificado Señor!

F. S. y S.

Popule meus

Cual labrador afanoso que todo el día trabaja, sudando con los calores, temblando con las escarchas; así yo, viña querida, puse en ti todas mis ansias. ¡Mas, ay! ¡tú, qué cruel cosecha

de oprobios me das en pagal ¿Qué te he hecho, viña mía, para serme tan amarga?

Para que tus verdes hojas fresca sombra me brindaran, yo te dejé con sarmientos del paraíso, plantada. Mas, ahora, convertidos en agudísimas zarzas, ¡mira como me dejaron la cabeza traspasada! ¿Qué te he hecho, viña mía, para serme tan amarga?

Te fecundé con mi sangre y te regué con mis lágrimas, para que tus dulces frutos néctar de oro me brindaran. Pero tu de mi agonía en las horas angustiadas con acibar apagaste la sed cruel que me abrasaba. ¿Qué te he hecho, viña mía, para serme tan amarga?

Yo te llené de favores, y tú de oprobios me cargas; Yo te vestí de belleza, tu la túnica me arrancas: Yo te cubrí de esplendores; y tú me cubres de llagas, Yo te di vida y sustento, tú me das muerte inhumana... ¿Qué te he hecho, viña mía, para serme tan amarga?

Dime: ¿con qué beneficios te ofendí, mi viña amada? ¿De qué bondades te quejas? ¿Por qué favor me rechazas? ¡Me ves en la cruz pendiente, y me atormentas y ultrajas; me ves muerto, y rompes este Corazón que tanto te amaba! ¿Qué te he hecho, viña mía, para serme tan amarga?

Trinidad Aldrich.

El Puerto de Tortosa

Segun parece, este asunto, va por buen camino. La Liga Marítima de esta ciudad, no se da punto de reposo. Las gestiones acertadísimas producen satisfactorios resultados. Ahora han conseguido que un torpedero llegue hasta Tortosa. Nuestra ciudad preparase para recibir dignamente á los marineros de guerra. En medio de su pobreza realiza esfuerzos inauditos, para colocarse en el lugar que en otros tiempos mas felices ocupara. Verifícase una reunión en la Cámara de Comercio para organizar los festejos que se celebran en obsequio de nuestros ilustres huéspedes. La incesante Liga Marítima, Centro del Comercio, Orfeo Tortosí, Club Velocipédico, representaciones de la Banca, de la Prensa y de la intelectualidad tortosina, en una palabra, todas las fuerzas vivas del país, hacen acto de presencia. Y si alguna falta, su ausencia no puede obedecer á desvío, sino á la premura del tiempo y posibles malas inteligencias ya que estas mismas entidades han probado en otras ocasiones y siempre, su amor sin límites á todo lo que de cerca ó de lejos pueda referirse á la defensa de los intereses generales de esta comarca y muy particularmente al que es objeto de las presentes líneas.

Quedamos pues en que Tortosa estaba dignamente representada en la referida reunión; que reinó en ella el mayor entusiasmo y que merecen bien de nuestra ciudad sus beneméritos hijos, esos conciudadanos nuestros que no se han dado un momento de reposo hasta lograr la realización de sus patrióticos ideales. Como se ve todo se hallaba preparado para cumplir como buenos, pero la maldita fatalidad según parece encargóse de neutralizar los sobrehumanos esfuerzos de nuestros compatriotas. Decíase que por razones que no son del caso exponer ahora, los torpederos no podían llegar hasta el desembarcadero de frente á nuestro Mercado público. Aunque semejante accidente, no prejuzgaba la cuestión ni daba tampoco mayores prababi-

lidades de que sea ó no un hecho incuestionable la rehabilitación de nuestro puerto, sin embargo, semejante reves, privaba á la ciudad que engalanada esperaba ansiosa á la tripulación de nuestro barco de guerra, de la honra de agasajarla como se merece.

En evitación de semejante contratiempo, pusieron en juego sus energías la benemérita Liga Marítima, Diputado á Cortes, Alcaldía de esta ciudad, Club Velocipédico, Director del Banco de España, Presidente del Centro del Comercio, y Sres. Mangrané, Bau, Pallarés, Llombart, Fustegueras, Ballesté y otros que en este momento no recordamos; dirigiendo respetuosos telegramas al señor Ministro de Marina, con el objeto de que accediese á las súplicas de los que representaban á las fuerzas vivas de la población, para que visitasen esta ciudad los barcos de guerra españoles á que anteriormente hacemos referencia, consiguiéndolo por fin y dando con ello lugar á una de las mayores satisfacciones que ha tenido Tortosa.

Tan grata nueva fué recibida por el público, con indescriptibles muestras de satisfacción.

Mucho antes de la hora prefijada para llegar los torpederos á esta ciudad, las orillas del río, desde el puente del Estado, hasta más allá del Parque encontrábanse atestadas de gentes. Por las calles de nuestra ciudad hacíase imposible el tránsito; los balcones ostentaban vistosas colgaduras, que servían de marco á nuestras bellísimas paisanas que los llenaban por completo; las azoteas de todos los edificios de la Baranda del Ebro estaban ocupadas por una multitud inmensa. Aquello semejaba un hormiguero humado. Por todas partes había animación y bullicio. Parecía como si nuestra población de suyo muerta, hubiese vuelto de repente á la vida al mágico poder de una varita de la virtud.

Pero todo ello con ser mucho no tiene comparación con el entusiasmo de nuestro pueblo, al aparecer en el río, los que en el mar son la genuina representación de nuestra patria. Entonces aquella apiñada multitud, como movida por un re-

sorte, ébria de satisfacción prorrumpió en atronadores vivas. Entonces llenó los aires con grandes salvas de aplausos. Entonces las aclamaciones de las gentes y el repicar de las campanas, y los acordes de las bandas de música y el sonar de las sirenas de los barcos, no parecía sino que todo se iba á hundir á los pies de aquel monstruo de 20 mil cabezas que no cesaba de aplaudir y de gritar poseído de un entusiasmo indescriptible casi loco.

Después de haber desembarcado nuestros marineros de guerra en medio de continuas ovaciones de la muchedumbre inmensa que los rodeaba, dirigiéronse (acompañados de las autoridades eclesásticas, militares, judiciales y civiles del Sr. Obispo, Cabildo, representaciones de las Cámaras de Comercio, Agrícola, de la Propiedad, Liga Marítima, Comunidad de Regantes, Club Velocipédico, Centro del Comercio, Orfeo Tortosí, Círculo Tradicionalista, Centro Unión Republicana, Centro de Corporaciones, Gremio de Labradores de San Antonio, Patronato Católico, Director del Banco de España, Diputado á Cortes, Consejo Provincial de Fomento, y otro sin número de personalidades imposible de recordar,) con grandes dificultades á la caseta de Salvamento de Naufragos donde tuvo lugar una cordialísima recepción que no podemos detallar por sernos materialmente imposible llegar hasta allí á causa de la aglomeración de gente.

Se nos participa que esta noche el Centro del Comercio, obsequiará con un vino de honor á nuestros distinguidos visitantes. Añádese que el Club Velocipédico les ofrecerá un banquete, y que luego habrá serenatas, é iluminaciones, excursión al Azud de Cherta y algo más que por ahora aun no se ha concretado.

Y como de todos los actos referidos esperamos que darán cuenta nuestros colegas diarios, más detalladamente, y como nuestro periódico se ha de tirar hoy, por razón de las fiestas de Semana Santa hacemos punto pero no sin gritar antes con toda la fuerza de nuestros pulmones: ¡Viva la marina de guerra espa-

ñaola! Bien venidos seáis los descendientes de aquellos héroes de Trafalgar y de Lepanto! Que os sea grata la estancia en nuestra ciudad os desea de todo corazón

La Redacción de LA POLEMICA.

A las ocho de la noche comenzó el banquete, admirablemente servido en el Hotel Siboni, El señor Llombart, Presidente de la Liga Marítima, ofrecióse al Comandante del torpedero n.º 1, que pasó á ocupar la cabecera de la mesa, y á su brillante oficialidad.

Al derrocharse el Champany, inició los brindis el nombrado señor Llombart, siguió el comandante del citado torpedero, luego hizo el Gobernador militar de esta plaza, y por fin el señor Juez don Rafael de Salvador, dedicando todos elocuentes palabras á la Marina de Guerra Española, y haciendo votos porque sea un hecho á la mayor brevedad posible, la rehabilitación del puerto de Tortosa.

Después en medio del mayor entusiasmo, don Felipe Fustegueras, leyó una carta del Excmo. Sr. Obispo, otra del señor Juez de Instrucción, un telegrama muy expresivo del Comandante general del Apostadero de Cartagena, otra del Marqués de Pilares, otra del Rdo. P. Círrera Director del Observatorio del Ebro, otra de don Cristóbal Urquijo, otra del Diputado á Cortes por Tortosa y otra de don Adolfo Navarrete, concebidas todas en términos muy patrióticos, siendo por ello aplaudidísimas al terminar su lectura.

Asistió á tan simpática fiesta el señor Fita, iniciador y patrocinador entusiasta de la idea de habilitar nuestro río, para puerto de refugio de torpederos.

Una vez terminado el banquete trasladáronse todos los comensales al Teatro Principal en el que se daba una función de gala en honor de nuestros ilustres huéspedes, al aparecer los cuales, el numeroso público que llenaba por completo el teatro, prorrumpió en grandes aplausos y ensordecedores gritos de ¡Viva la Marina Española!

